

EL MATRIMONIO

13

POR RAZON DE ESTADO.

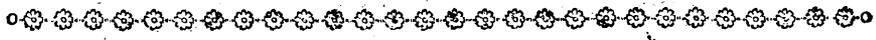
COMEDIA EN DOS ACTOS.

POR

D. LUCIANO FRANCISCO COMELLA.

PERSONAS.

- | | | |
|---|---|--------------------------|
| Doña Euseb. muger terca, Esposa de Don Claudio. | ⊗ | Sra. Maria del Rosario. |
| Doña Victoria, viuda honesta. | ⊗ | Sr. Joseph. Huerta. |
| Don Blas, joven virtuoso. | ⊗ | Sra. Josepha Luna. |
| D. Zacarias, padre de Doña Euseb. | ⊗ | Sr. Francisco Garcilaso. |
| D. Timoteo, padre de D. Claudio. | ⊗ | Sr. Joseph Morales. |
| D. Hilario, que finge ser Medico. | ⊗ | Sr. Juan Antolin. |
| Martin, Paje. | ⊗ | Sr. Miguel Garrido. |
| Manuela, Criada. | ⊗ | Sr. Francisco Lopez. |
| Don Modesto, Alcalde de Corte. | ⊗ | Sra. Manuela Monteis. |
| Un Escribano que no habla. | ⊗ | Sr. Vicente Garcia. |



ACTO PRIMERO.

La Escena es estable, y se finge en Madrid en casa de unos Caballeros particulares. Sala decente con quatro puertas á los lados, y otra en el fro todas transitables; dicha casa deberá estar adornada con los muebles y cortinages correspondientes. Aparece Manuela limpiando la basquiña de su ama, y Martin el vestido de su amo.

Dentro Don Claudio.

Claud. **M**ari?

Mart. Señor?

Dent. D. Claud. El vestido.

Mart. Ya la fagina se empieza; que limpies bien las cazarras de la basquiña, Manuela.

Man. Con un buen garrote, quando el ama la tiene puesta.

Dent. Doña Eus. Muchacha despachate, porque tengo mucha prisa.

Man. Qué casa de tatarira!

Se e D. Claudio. y Martin.

Claud. Gusto de las cosas serias,

Man.

NA 1078424
NEA 16 11 324

no quiero ir hecho un mono
por Madrid, ni que me tengan
por un fatuo; ese vestido
para los días de fiesta
servirá; preven el pardo
ó el de color de corteza.

Mart. Está muy bien,

vase.

Claud. Me parece
que ya son las ocho y media:
si se habrá ya levantado
la Señora? la quisiera
dar los buenos días para
no tener despues que verla
hasta la hora de comer.
Puedo entrar á ver á Eusebia
mi muger?

Sale Mart. Ah!

viendose.

Man. No Señor,
porque ahora á vestirse empieza.

Dentro Doña Eusebia

Eus. Que entres á ponerme el Gorro
en acabando Manuela.

Claud. El gorro? qué gorro es ese?

Man. El que las mugeres llevan.

Claud. Locas, locas, locas, locas. *vase.*

Mart. Valiente caso hacen ellas
de que se lo llamen.

Man. Pobre

amo, cuánto mejor fuera
que la mano hubieses dado
á Doña Victoria!

Mart. Aquella?

Man. La yiuada del Capitán;
pero ya ves la obediencia
que á un padre se debe.

Dentro Doña Eus. Vienes,
ó no vienes?

Man. Qué viveza!
Ya voy allá.

Mart. Pues á tu ama
también mejor le estuviera
haberse casado con

Don Blas; pero la fuerza...

Dent. Eus. Que quiero ponerme el gorro.

Mart. Ve á ponersele, Manuela,
que por ponersele hoy día
deliran las Perimetras.

Man. Qué precioso Matrimonio!
Da gusto como se llevan.

vase.

Mart. Si todos los que se casan,
se casan de esta manera,

pronto se acabará el mundo.

Peró una vez que me dexan
por un rato, de la compra
quisiera sentar la cuenta.

Quarenta y cinco de pan,
veinte y ocho de ternera,
treinta de baca, dos de ajos,
seis reales de yervabuena
y peregil.

Sale Man. Hombre, hombre,
ten algo mas de conciencia.

Mart. Caila tonta, de esto salen
todas aquellas frioleras
que te regaio.

Man. Siendo eso,
á regalarme no vuelvas.

Mart. Dónde vas?

Man. A prevenir
la mantilla de bayeta
de mi ama.

Sale Doña Eusebia.

Eus. Ese qué hace?

Mart. Señora, ajusto la cuenta.

Eus. Ve á la antesala á ajustarla;
y despues di que me tengan
chocolate prevenido,
para quando de la Iglesia
vuelva á casa.

Mart. Voy allá.

vase.

Eus. Dame la mantilla buena,
y la basquiina de encages.

Man. Aquí estaban ya dispuestas;
si vieta usted en el Prado,
quando uste en él se presenta,
con este tren, como rabian
sas amigas?

Eus. Que se mueran.

Peró qué dicen de mí?

Man. Qué han de decir, que envelesa
usted á todos: discurren
que tiene usted á docenas
los muebles.

Eus. Aunque á las modas
suscribo, y gusto de ir puesta
como la primera, nunca
he caido en la flaqueza
de tenerlos; ya lo sabes,
que tu ama por ahí no peca.

Man. Vaya que el Señor Don Blas...

Eus. Como á hablarme á i me vuelvas
te hago echar por un balcon.

Man.

Man. No discurrí que pudiera...
Eus. Si fue mi nobio, y le quise,
supe olvidar su terneza.
Pero basta. Mi marido
se ha levantado ya? Entra
á preguntarlo.

Man. Es inútil
hacer esa diligencia,
porque aquí á buscar á usted
vino antes.

Eus. Dile que venga
sí quiere darme los dias,
porque me voy á la Iglesia.

Man. Jesus, Jesus que muger!
el Demonio que la entienda.
Señor, dice mi Señora,
que saiga usted quando quiera.

Sale D. Claud. Hija mia, cómo estás?

Eus. Hijo, y tu?

Man. Quéica te creyera!

Eus. Vete á poner la basquiña. *var. Man.*

Claud. Un espantajo esta hecha.
Qué frenesi!

Eus. Con la bata
cómo es dable que le quiera,
cómo pasó usted la noche?

Claud. Tal qual: y usted?

Eus. Con jaqueca.

Claud. Lo sicato; durmió usted algo?

Eus. Como cosa de hora y media.

Claud. Y ahora está usted ya mejor?

Eus. Qué sé yo! Aun la cabeza
está bastante cargada.

Claud. Que traiga á usted la doncella
los parches de tacamaca
para las sienes.

Eus. Me apesta
tanto su olor... no, no, no.

Están un breve instante sin hablar.

Claud. Está la mañana fresca.

Eus. Como que ha helado esta noche. *pausa*
Ha visto usted la gaceta?
trae bastantes noticias.

Claud. Sí Señora. *pausa.*

Eus. Dicen que entra
esta tarde un Regimiento.

Claud. Asi dicen: que no venga
alguno! no sé qué hablarla.

Eus. si usted otra cosa no ordena
me voy á Misa Don, Claudio,

Claud. Vaya usted en horabuena:
si esto es casarse, el casarse,
es peor que estar en galeras.

Eus. Este sosó, con sus cosas
á la Parroquia me lleva.

Sale Martin.

Has dicho que el chocolate
esté hecho quando vuelva?

Mart. Me han dicho que se ha acabado.

Eus. Y á mí me vienes con esas?
Diselo á tu amo.

Claud. Tu ama,
que mande lo que convenga.

Eus. Yo no quiero esos cuidados.
Tiene la basquiña puesta
la muchacha?

Mart. Sí Señora.

Eus. Dila que ya voy. *var. Martin.*

Claud. Eusebia:-

Eus. Nada me digas, que yo
no entiendo de esas materias.

Claud. pero por qué?

Eus. Porque no.

Claud. Pues haga usted lo que quiera.
Eus. Usted me habla con un tono...

Aunque el poder y la fuerza
me unieron á usted, no juzgue
usted que yo le consienta
ningun insulto. Despacio,
Señor Don Claudio con esas;
y tenga usted entendido,
que no soy ninguna negra.

Claud. si usted no es negra, tampoco
soy yo ningun trasto.

Eus. Buena,
buena candilada de
aceyte me he echado é cuestras
con casarme con usted.

Claud. Señora, usted me exáspera
con sus razones, y expone
á que el respeto la pierda,
y la diga que es...

Eus. Qué soy?

Qué soy?

Claud. Una loca.

Eus. Perra
de mí! Quién me lo diría!
si de dos veces se hubieran
de hacer las cosas: si ahora
en estado yo estuviera:-
Mas ya el disparate se hizo.

Qué me degára la hacienda?
 Que mi padre... Cree usted,
 que nació de la terneza
 el sí qué le di? pobre hombre!
 Ah! Le pronunció la lengua,
 no el corazon. Está usted,
 Don Claudio, en la inteligencia
 de que no le quiero nada,
 nada; y para que la hoguera
 de la discordia en la casa,
 mas disensiones no encienda,
 abrazemos el partido
 de separarnos.

Claud. Si hubiera
 medio de hacerlo sin ruido,
 no repobara esa idea;
 pero miro el mundo, y miro
 lo que usted mirar debiera.
 Qué dirá todo Madrid,
 si ve que esa providencia
 tomamos á los tres meses
 de estar nuestra boda hecha?
 Nos tendrán por unos locos,
 por unos malas cabezas.

Eus. En el tiempo usted se para?
 De cuántos aquí se cuenta,
 que fue la noche de boda,
 del divorcio consecuencia?

Claud. Eso es bueno para aquellos
 que el Matrimonio descan,
 para estar á sus anchuras.
 Ya que por desgracia nuestra
 no confrontan nuestros genios,
 y por evitar contiendas
 escandalosas, al mes,
 tomamos la providencia
 de separarnos, cuidemos,
 de que ninguno lo entienda,
 hasta que nuestros caprichos
 á la razon se convengan,
 ó Dios nos abra camino
 para vencer nuestros temas.

Eus. No quiere usted separarse
 por bien? pues será por fuerza.

Claud. Muy bien, y en tanto encerrada
 me estará uste en una celda.

Eus. Convento á mí?

Claud. Sí, Señora,
 Convento á usted.

Eus. Si supiera....

Claud. Martín, papel y tintero. *Sal. Mart.*

Eus. Ponérmé en pretina piensá
 he? Soy yo mucha muger.

Claud. Despachate.

Eus. Bueno fuera....

Claud. Aguarda hasta que yo salga.

Eus. Como usted contra mi emprenda
 alguna cosa....

Claud. Un convento

Se entra y cierra.

apacará esa soberbia.

Eus. Yo encerrada? Qué tontuna!

El juzga que si me encierra
 me faltará quien me saque;
 sin embargo, ver es fuerza
 á Don Blas para decirle
 lo que mi marido intenta.
 Pero á mí Convento? A mí?
 esta amenaza me llega
 al corazon; quiero ver
 si accehando por la puerta....
 con efecto el vil escribe.
 voy á frustrar sus ideas.

Sale Manuela.

Ven conmigo.

Man. Dónde vamos?

Eus. Sigüeme y calla, Manuela. *vase.*

Mart. Ya ha rebentado la misa;
 veremos la polvareda
 que levanta.

Salé D. Claud. Toma, cotré,
 y á Doña Victoria lleva
 este papel, y al instante
 vuélve aquí con la respuesta.

Mart. Doña Victoria?

Claud. La viuda,
 la que vive de aquí cerca.

Mart. Ah! si; ya caigo: la nobia
 que usted tenía. Qué buena
 Señora! Si no es mi ama,
 nó hay en bondad quien la exceda. *vase.*

Claud. Ya no puedo sufrir mas,
 veremos qué me aconseja
 Doña Victoria: su orgullo
 ya ha apurado mi paciencia,
 esto no es vivir. Los padres,
 los padres que á las riquezas
 sacrifican á sus hijos
 por medio de la violencia,
 ó el engaño, qué de daños
 á sus hijos no acarrean!
 sin haberse ni aun hablado,

ni visto una vez siquiera
 los conciertos de la boda
 formados los padres dexan.
 Pues y aquellos medianeros,
 quando la boda reprueban,
 y con engaños y astucias
 los van inclinando á ella?
 Padres que de la codicia
 haceis víctima funesta
 á los hijos; indiscretos
 medianeros que á la senda
 del horror, por el engaño,
 conducis á la inocencia
 de tantos juvenes, ved
 las funestas consecuencias
 de vuestras bodas. Pensais
 que no sereis tambien de ellas
 al mismo Dios responsables?
 De ello os ha de pedir cuenta.
 Sagrada union, union santa,
 que la suma Omnipotencia
 desde el principio del mundo
 estableció, los que prueban
 de tus deliciosos lazos
 sin la pension de la pena,
 ni el sinsabor, justamente
 pueden llamarse en la tierra
 dichosos, si sus deberes
 dignamente desempeñan.
 El corazon con la angustia
 de tanto sentir no acierta
 á palpar. Qué opresion!
 Si Don Hilario viniera
 tal vez me recetaria...
 Descansar un poco es fuerza.

Sale Don Hilario.

Quiero sentarme. Quéen viene?
 Traes del papel la respuesta?
 Pero no es él... Don Hilario?
 Por amor de Dios que vea
 usted qué tengo.

Hil. Pues qué hay?
 Qué tiene usted? Qué le aqueja?
 Ese semblante está malo.

Claud. Fué un vahido de cabeza.

Hil. Venga el pulso. Aquí no hay nada.
 Lo mismo que el Relox suena. *le saca.*
 Qué igualdad! Usted, amigo,
 es muy aprensivo. Fuera
 manias, y divertirse,

y lo que viniere venga.
 Si yo estuviera casado
 con la mayor perimetra
 de Madrid, como uste está,
 habria cosa que pudiera
 contristarme? No es nada
 los honores que grangean
 los maridos de las tales:
 Pasa un Marques, los obsequia;
 pasa un Abate, los habla;
 los ve un Oficial, los besa:
 Si va á cenar á la Fonda,
 halla pagada la cena:
 Si va á los Toros, pagado
 asiento en grada cubierta,
 encuentra al punro: Si va
 algun dia á la Comedia,
 en la puerta encuentra amigos
 que le paguen la Luneta:
 Todo se le va á la mano:
 Y quando sale con ella
 por Madrid, no hay Cadetito
 que acompañarle no quiera.
 No logran esta fortuna
 los matidos de las viejas.
 Divertirse, divertirse,
 y dexarse de rarezas.
 Para el mal de usted, amigo,
 esta es la mejor receta.
Claud. Con su seriedad de usted
 gasta uste unas chanzonetas...
 Dexeme usted.

Hil. Usted quiere
 sin-duda que le acometa
 algun cólico vilioso
 que nos dé que hacer? Las fresas
 que me regaló el Domingo,
 madama, fueron muy buenas.
 Pero tuve que enviarlas

*Sale Doña Eusebia, y se encierra en su
 quarto.*

á un Brigadier::: Doña Eusebia
 ya está el paciente mejor,
 por él no pase usted pena,
 fué un vahido... Mas qué es esto?
 Dándo un suspiro se encierra
 usted? Qué tiene, madama? *sale Mart.*

Claud. Traes, Martin, la respuesta?

Mart. Sí Señor.

Claud. Pues venga acá. *hace que lee.*

Hil. Sin duda las dos Potencias

béligeros han roto
la paz nupcial, y la guerra
se declaran; de resultas
habrá sofoco, jaqueca,
mal de madre... Bien me irá:
Tendremos muchas recetas.
Vamos á ver á madama
mientras este orro se emplea
en leer aquel misivo.
Pero, y si madama me hecha?
No me echará que yo soy
su Doctor de cabecera.

Entra en el cuarto de Doña Eusebia.

Lee Claud. „Viva usted conforme debe

„con su muger, y con ella
„haga las paces, si quiere
„que la amistad permanezca
„de los dos. Y advierta usted
„que voy á hacer diligencias
„para saber si usted lo hace.
Esto me dá por respuesta
Doña Victoria. Las paces!
No me desdén de hacerlas;
pero cuánto durarán!

Y si ella ve que la ruegan,
no será darla fomento
para armar otra pendencia
al instante? Sin embargo,
yo voy á su quarto á verla.
Si me pone mala cara?
Si me llena de insolencias?
Yo no me baxo: Lo mismo
ahora estará que una fiera.

Eus. Dexeme usted, que no quiero
que nadie entre por las puertas
de mi quarto.

Claud. No lo dice?

Sale D. Hil. Jesus, hombre, que paciencia
necesita usted! Amigo,
es verdad que Doña Eusebia
es bonita, pero el Diabolo
que tolere sus demencias.

Eus. Preciso será baxarme.

Abriendo la puerta de su quarto.

Claud. Pero parece que llega.

Al quarto, al quarto. *vase.*

Mart. Entretanto
bueno es ir á la Estafeta. *vase.*

Sale Doña Eusebia, y Manuela.

Eus. Así que me vió, se fué.

Qué te parece Manuela?
Mira si yo le decia
bien á Don Blas? No penetra
su caracter. De qué sirve
que yo baxarme pretenda,
si él huye de mí? Lo ves?

Man. Pero la muger es fuerza
que se humille á su marido.
Finalmente, es la cabeza
de la casa.

Eus. Quién te ha dicho
que hoy es moda que lo sea?

Man. Señora, yo siempre he oido,
que así la iglesia lo ordena.

Eus. Entre gentes ordinarias
solo ese uso se conserva.

Man. Sin embargo...

Eus. El Chocolate:
ir á buscarle á la Tienda,
si no le hay. Y porque tu amor
en la precision se vea
de buscarme sin buscarle,
dispon que á tomarte venga
aquí tambien.

Man. Voy allá.

Dios quiera que se convengan. *vase.*

Eus. Qué hace usted aquí?

Hil. Señora,
como está usted algo indispueta...

Eus. Se me conoce en la cara?
Digame usted, tengo ojeras?
Se me ha bajado el color?
Qué quiere usted que una tenga?
Si digo yo que el casarse
es malograrse.

Hil. No sea
usted tan viva; aun las gracias
el rostro de usted hermoscan;
aun disparan esos ojos
á los corazones flechas.

Eus. Me ha vuerto usted el alma al cuerpo.

Hil. Vamos, ese pulso venga.

Eus. Pero si yo no estoy mala.

Hil. Señora, las petimetras
no pueden salir de casa,
sin que primero preceda
el dictamen del Doctor.

Qué pulsacion tan perfecta!

Eus. Siendo de ese modo, vaya.

Hil. No obstante, una consecuencia
saco de una pulsacion

mayor, que da á las quarenta pulsaciones que usted tiene en el pecho una espigueta::: pero no sea usted tonta; si aun el paciente correja á la viuda, no es por mal: Quantas mugeres desean que sus maridos estén con otra muger honesta entretenidos. Señora, usted se pasa de necia; perdone que se lo diga. Los pesares se deshacen con la diversion. Ha mucho que á Don Blas de Zabaleta no ha visto usted?

Eus. Hoy le he visto cabalmente.

Hil. Doña Eusebia, creará usted que yo en el pulso lo conocí? No hay receta para la melancolia de las damas mas selecta, que el madrugar de mañana á hacer visitas secretas.

Eus. Qué malo es usted!

Hil. En eso me hace usted notable ofensa: Esto es hablar solamente; otra vez el pulso venga. No sabe usted que el paciente me dió dos pares de medias muy ricas la otra mañana? Las unas las traigo puestas, y las otras::: Vaya, vaya, lo que ahora se me acuerda. Ayer tarde me avisaron que estaba una Mercadera con perlesía, y les dixé que iria al instante á verla; y se me olvidó del todo. Si usted me da su licencia iré allá, porque no gusto que ninguno se me muera sin Sacramentos.

Eus. Este hombre me ha hechado unas indirectas... Que de Don Blas y de mí á dudar así se arreve? Bien se ve que no conoce su corazón; si supiera

que ha días que á mi despecho pone freno su prudencia, qué diria? Con qué esfuerzo me quitó de la cabeza la idea de separarme? Cómo me obligó á que ceda con mi marido! Qué vano se pondrá al ver que le ruega su muger! Pero yo debo subscribir á una baja de este modo? Si él me habla, le hablaré, y sino paciencia, que para humillarme á un hombre todavia no soy vieja.

Sale Manuela con dos xicaras de Chocolate

Man. Aquí está ya el Chocolate.

Eus. Ahora ve hacer lo que resta.

Man. Si de un ardid no valgo, se han de frustrar mis ideas.

Entra en el quarto de D. Claud.

Eus. Yo estoy pronta hacer las paces; pero siento que él no sea quien las proponga. Las faldas tienen otras preeminencias que los calzonazos; pero ya del quarto abrió la puerta, y él viene.

Sale D. Claud. Con qué tu ama y Man. hacer las paces desca, y á este efecto el Chocolate quiere que aquí á tomar venga?

Man. Sí Señor... Aquí está el amo: á *Eus.* ya la silla dexo puesta, á *Claud.*

Manuela pone la silla junto á Doña Eusebia, y ésta aparta la suya.

sientese usted. Vaya, vaya, que es usted peor que patetas; no ve usted que es escamarle?

Claud. No me quiere tu ama cerca, aparta la silla.

me apartaré.

Man. Esta es otra?

que duros son de cabezal Señor, ceda usted un poco.

Claud. Que cara tan indigesta.

Man. Vamos, Señora, ahora es tiempo, de una risita alhagueña al descuido. Vamos, vamos.

Claud.

vase.

Claud. Ni me ha mirado siquiera.

Man. En volviendo con el agua han de estar las paces hechas cuidado. Oh si ser Iris pudiera de esta tormenta.

Eus. Para que le ruegue digo qué galan se me presenta! si es un zafio; todavía gasta chupa! Oh, me apesta su ridiculéz!

Claud. El gorro, los boconcitos que lleva... vaya, si no puede ser, que yo á rogarla me venza, no puedo amar á una loca, lo confieso.

Eus. No me ruega.

Claud. No me habla.

Eus. Ya encontré arbitrio, para vencer su encreza. Qué chocolate tan malo! Si se acabó la molienda hacer otra. No hace caso.

Claud. Quiere que el primero sea en hablar, pues yo no quiero.

Eus. Si él no me habla tigeretas.

Sale Doña Victoria, y Martin.

Y cómo estamos, Martin?

Mart. Desde el cancel de esta puerta puede usted verlo.

Vict. Si acaso

á lo que debe se niega Don Claudio con mi amistad, en la vida á contar vuelva.

Se entra en el quarto de la derecha.

Mart. Señor, tome usted las cartas.

Claud. Ahora no quiero leerlas.

Mart. Oh que cuadro en Español, y que tablo a la Francesa!

Sale Don Blas y Manuela con una Sal- villa de agua.

Blas. En qué estado están las cosas, vaya?

Man. En el de la inocencia, segun veo.

Blas. Pues tu ama, si no adopta mis ideas, no me tiene que hablar mas, y asi saberlo quisiera.

Man. Desde aquí puede usted oirlo.

Sale Man. Aquí tiene usted el agua.

Eus. Ya no gusto de beberla, sin que ninguno lo vea.

vase. *D. Blas entra en el quarto de la izquierda.*

Man. Cómo estamos?

Eus. Dexa me,

y á sofocarme no vuelvas,

Claud. Llévate allá esa salvilla.

Eus. Esa Salvilla te lleva.

Man. Puesto que vino Don Blas

él domará tu soberbia

vase.

Eus. Qué tieso que es de cogote!

Claud. No hay diablos que la convenzan.

Eus. Yo me vuelvo sin hablarle.

Se levantan.

Claud. Yo me retiro sin verla.

Sale Don Blas.

Es esto en lo que quedamos? á ella.

Sale Doña Victoria.

Ha sido ésta mi respuesta? á él.

Eus. Dexeme usted que este hombre á un precipicio me lleva.

Entra en su quarto y cierra.

Claud. Dexeme usted que no quiero oír ni ver á esa fiera.

Lo mismo.

Blas. Oh qué infasto matrimonio!

Vict. Oh qué boda tan fanesta!

Blas. si esta muger...

Vict. Si Don Blas...

Blas. No pues, como lo supiera...

Vict. Qué me mira usted?

Blas. Y usted?

Ya vé usted las turbulencias de esta casa.

Vict. La pregunta

le doy a usted por respuesta.

Blas. Eso es decirme en mi cara que yo soy la causa de ellas, y yo creo que es usted.

Vict. Esto ya es mucha insolencia.

Blas. Usted fué el primer amor.

Vict. Lo mismo decir pudiera yo á usted.

Blas. Soy hombre de honor.

Vict. Soy una muger honesta.

Los 2. Y usted debiera mirar...

Sale Don Hilario.

Lo que alabo es la paciencia de esta casa: usted no sabe...

Blas.

Blas. Si el matrimonio usted enreda,
se acordará usted de mí.

Entra en el cuarto de Doña Eusebia.
Vict. Si usted estas cosas fomenta,
nos veremos.

Entra en el de Don Claudio.

Hil. Bravo! Bravo!

Cada uno con su pareja.
Pero ya vienen los viejos,
y os ajustarán la cuenta.

ACTO SEGUNDO.

Salen Don Blas y Doña Eusebia

Eus. Tiene usted razon en todo,
desde luego lo confieso;
mas yo dexaré mis temas,
quando él dexé de ser terco.

Blas. Pero es preciso vencerse;
es fuerza domar el genio;
ultimamente, Señora,
por lo mismo que la quiero,
la hago llorar: nuestro amor
haga cuenta que fue un sueño,
y que de él no nos quedó
otra cosa que un afecto
recíproco, acompañado
del honor y del respeto.
Usted se casó á disgusto;
pero despues de estar hecho,
no infame usted el decoro
de tan santo Sacramento.
No quiere usted á su marido?
Pues hija mia, quererlo.
Ninguna razon la exíme
de este deber. Fuera de esto,
él es mozo, su persona
es agradable: tiene el genio
algo adusto? Que le tenga,
todos que sufrir tenemos
en este mundo. Además
que con la razon y el tiempo
todo se vence: Señora
no siga usted el exemplo
depravado que por tantos
imitado en Madrid vemos:
su matrimonio de usted,
no sea por Dios de aquellos
que deshonoran las familias,

y escandalizan los Pueblos.

Eus. Yo bien conozco, Don Blas,
que los vínculos estrechos
del matrimonio me fuerzan
á dedicar mis respetos
enteramente al ésposo;
pero este esposo qué ha hecho
para obligarme? Qué medios
ha adaptado? Ha estudiado
mi carácter? Se ha propuesto
darme gusto en algo? En nada.
El debia á lo primero
borrarme con disimulo
el primer amor del pecho.
Despues se debió hacer cargo,
que gusto de los recreos
que ofrecen la diversion,
sin resentirse el respeto,
que me son gratas las modas;
aunque dirá usted que en esto
soy prolixa, sabe usted
que me han sobrado los medios
para usarlas, y que nunca
á mi decoro ofendieron.
Pero él asi que mi mano
satisfizó sus deseos,
poco á poco separando
me fué de aquellos recreos
á que estaba acostumbrada;
todos eran mis cortejos
á su entender: todos iban
á conquistar mis afectos;
encastillada en mi casa
quemándome con sus zelos
me tenia, y como amor
no disculpaba su genio,
se entiviaba aquel cariño
que el deber le iba adquiriendo.
Y lo que mas ayudaba
era el mucho desaseo
que tiene, bien lo vé usted.
El no se pone chaleco
porque dice que es de monos;
no lleva calzon estrecho
por no ir incomodado,
detesta los fracs con cuello,
y botones con cabeza
de turco; no ha habido medio
para que se ponga medias
rayadas; secretario ciego
de la casaca y la chupa

se ha hecho de la tisa objero.
 Vea usted, aun gasta espadin.
 Para que haga usted concepto
 de su carácter extraño,
 es hombre que no se ha puesto
 en su vida otros zapatos
 mas que de castor: ¡No tengo
 para separarme de él
 suficientes fundamentos!

Blas. No Señora.

Eus. Siempre usted
 me ha de salir al encuentro.

Blas. Yo no estoy hecho á adular.

Eus. Siempre sale usted con eso.

Blas. Salgo con lo que es debido:
 son otros los fundamentos
 que dan causa á separarse,
 no fruslerias.

Eus. Muy bueno!
 Frusleria llama usted,
 tener que aguanrar á un necio,
 que ha hecho empeño en ir vestido
 conforme se usó en los tiempos
 de Maricastaña.

Blas. En esto
 yo sé lo que se ha de hacer:
 pero es preciso primero
 que cada uno ceda un poco.

Sale D. Hil. Aun tiene su consejero
 al lado. Por si incomódo,
 entro en estorito aposento.

entra en el de Don Claudio.

Blas. Aun está Doña Victoria,
 me voy á fuera á hacer tiempo
 para que salga.

Eus. En usted
 roda mi esperanza tengo:
 ojalá Dios que usted logre
 vencer en parte su genio.

Blas. Si usted no me dexa mal,
 se lograrán sus deseos.

Eus. De estos amigos hay pocos!
 Qué saludables consejos
 me ha dado! cediendo un poco
 cada uno, lograremos
 de aquellos castos placeres
 que produce el Himeneo.

Sale D. Hil. Qué impolítico es D. Claudio!
 Qué mala cara me ha puesto!
 sin duda incomodaria;
 bueno va el asunto, bueno;

pero allí está Doña Eusebia.
 Qué semblante tan risueño
 tiene! Como que ahora acaba
 de dexarla su cortejo.

Gracias á Dios que en la casa
 se dexa ver el contento;
 no lo extraño; como vuelven
 de ver sus fincas los viejos,
 era fuerza celebrarlo.

Eus. Pues qué mi padre y mi suegro
 vienen hoy?

Hil. En Fuencarral
 los dexó el Marques del Fresno;
 una hora hace, y la noticia
 retardar no quise. Pero
 cómo están usted y Don Claudio
 siempre en un continuo infierno
 no pude...

Eus. Valgame Dios,
 si acaso para hacer tiempo
 se iria á fuera Don Blas.
 Me hace usted el gutto de verlo?
 Sentiría que mi padre
 me encontrase á su regreso,
 de mi marido apartada;
 vaya usted por Dios á verlo

Hil. Voy allá. Mas de qué sirve
 que usted haga la paz, si luego
 la Viudica:: Doña Eusebia,
 si fuese amigo de cuentos,
 diria á usted que en la casa
 no habrá un punto de sosiego
 mientras no dexé Don Claudio
 de subscribir á su obsequio.

Eus. Pues qué le aconseja mal?
 Acaso el amor entre ellos...

Hil. El amor? Qué disparate!
 El suyo es un pasatiempo,
 madamas. Pero las gentes:
 (cuidado que es en secreto)
 dicen, que de su amistad
 nace su desabrimiento;
 que ella contra usted está
 siempre vertiendo venenos;
 y si usted no lo precave
 ira á parar á un Convento.

Eus. Eso se dice en Madrid?

Hil. Sí Señora.

Eus. Lo veremos.

Hil. Pero mire usted que á nadie
 diga usted que yo le cuento

estas cosas; ya usted sabe que los chimes aborrezco.

Voy á buscar á Don Blas.

Eus. Dexela usted, que no quiero ver ni oír á mi marido.

Hil. Señora, mira que en eso...

Eus. Solo para irme de aquí aguardaré los momentos que tarde en venir mi padre.

Hil. Reparad que yo no apruebo...

Eus. Quitese usted de mis ojos, no sea usted el primero, que del furor que me abraza sufra los tristes efectos.

Hil. Sofocate que el curarte te costará tu dinero. *vase.*

Eus. Por eso está él, Señor mio, conmigo tan altanero.

Así no ha hecho diligencias para conllevarme el genio.

Y que yo fuese tan tonta que no lo entendiese luego!

Lo que tiene el obrar bien.

Y si fuese un embustero

Don Hilario? Verdad dices

mi marido es su correjo.

Fué su amor, ahora se hablan;

se visitan, despues de esto

el run run que traen todos...

Preciso es poner remedio

á este desorden.

Sale Don Claudio á la puerta del quarto, y Doña Victoria.

Claud. En fin, una vez que uste ha hecho empeño de ir á hablarla, hablela usted, pero resultas no espero favorables. *se retira.*

Vict. Puede ser que se venza á mis consejos.

Eus. Pero la Señora mia ya se va; voyme corriendo á mi quarto.

Vict. Doña Eusebia?

Eus. Pero escucharla resuelvo para ver con qué embaxada se me viene: Qué tenemos? cierra usted todas las puertas? A qué viene este misterio?

Vict. No es misterio, es prevencion, que ha adoptado el miramiento.

Sientese usted, Doña Eusebia, á qué viene ese recelo?

No soy yo de las que fuman ni traen Rejon, de paz vengo. Sientese usted, y oyga usted.

Eus. Para oír á usted me siento.

Vict. Yo sé que en aquesta casa no hay un punto de sosiego; pero sé tambien que usted no da causa para ello; sé su prudencia de usted, sé su mucho entendimiento, y sé que para estorbarlo habrá apurado los medios.

Eus. Con qué solapa que viene! Pensará que no la entiendo.

Vict. Que usted no tiene la culpa de estas desazones, vuelvo á decir, pues no es dable que yo pueda dar asenso á lo que en Madrid se dice: Dicen que usted tiene un genio dominante; que usted trata á su esposo con despego; que usted ha dado motivo para separar el lecho; que huye de reconciliarse con él; y otros embelecios que yo no puedo escuchar sin mostrar resentimiento. Para desmentir las voces que ha esparcido por el Pueblo la mentira, si me hallára en lugar de usted, hoy mesmo me presentára con él, llevandole de brazero al medio dia en el Prado.

Usted dirá que es un cerco que no se quiere baxar, despues de ser instrumento de quanto para. Si usted quiere, me obligo á traerlo á su presencia de usted mas humilde que un Cordero.

Apuesto que usted desea, que llegue el dulce momento de abrazarle: En el rostro se lo estoy á usted leyendo.

Al mirarlo que corridos quedarán todos aquellos que han hablado, y que culparon



en esta parte el talento
de usted. Que digan entonces
que usted degrada su sexo;
que hace infeliz á un marido;
que no tiene miramiento,
ni conoce los deberes
de su estado. Buenos, buenos,
que darán por Dios con todos.
Quedarán por embusteros.

Voy por él? Responda usted.

Eus. Oh qué astuto fingimiento!

Vict. No se haga usted de rogar.

Eus. Ni usted discurra con eso
alucinarme. La union
que usted desea, comprendo
el fin que lleva; y en vano
para encubrir sus excesos
con mi marido, ha adoptado
tan cautelosos pretextos.

vase.

Vict. Ya no hay un mal, sino dos.

Ella de mí tiene celos,
y sospecha... Si la causa
habré sido del infierno
de esta casa? Con un hombre
casado con quanto tiento
debe una muger portarse
por no perder su concepto,
ni dar motivo...

Sale D. Claud. Qué ha habido?

Qué tiene usted que la encuentro
tan confundida?

Vict. Don Claudio,

la mayor gloria del sexo,
es conservar su honor limpio,
y no quiero obscurecerlo
por usted. Bastante digo:
A Dios para no mas vernos.

Vase llorando.

Claud. Señora::: De sus razones
yo no sé que inferir debo.
Si la altanera de Eusebia
le habrá faltado al respeto...
Si acaso contra su honra...
Como llegara á saberlo,
yo la haria arrepentir
de su osado atrevimiento.
Ya está visto, no hay arbitrio,
es inútil buscar medios
de aplacarla; de una vez
salgamos de estos tormentos.
Ya lo resolví. Mañana

quiero llevarla á un Convento.

Pero es preciso honestarlo
discurriendo algun pretexto.

Sale D. Hil. Si habrá tenido, madama,
paratus? Vamos á verlo,
y un efecto de interés
hagamos creer que es zelo.
Mas Don Claudio se pasea
muy pensativo. No puedo
menos de estrañar, amigo,
el sosiego que estoy viendo
en usted. Con que su padre
de usted llega por momentos
á Madrid, y usted se está
con esa sorna?

Claud. Y es cierto
lo que usted dice?

Hil. En un choche
de diligencia, dixeron
que los habian hallado
en Fuencarral.

Claud. No comprendo
cómo no me han dado aviso.
Pero leamos el Correo.

Martin, vengan esas Castas. *sale Mart.*

Esta es letra de mi suegro,
y ésta de mi padre; leamos.

Hil. Y Doña Eusebia?

Mart. Allá dentro.

Hil. Hay en casa novedad?

Mart. Rábia usted porque haya enfermos.

Hil. Por curarlos.

Mart. El bolsillo.

Claud. Hoy llegan aquí en efecto.

Para quando vengan padres,
haz que todo esté dispuesto.

Mart. Para coronar la fiesta
solo faltaban los viejos. *vase.*

Claud. Amigo, con estas cosas
el Correo no habia abierto.

Hil. No lo extraño; pero usted
no las remedia pudiendo.

Claud. Pues qué debía yo hacer?

Hil. Nada, nada. Yo no quiero
entre marido y muger
meter cizaña; lo cierto
es, que usted sobre el asunto
se va pasando de bueno.
Ese, Don Blas::: que no sirva
lo que yo digo de cuento,
cuidado. Usted no debía

permitir en ningún tiempo
que hablase con Doña Eusebia.

Ya usted sabe se quisieron.
No porque haya nada malos;
pero siempre hay el recelo...
que sé yo, tales discordias
resucitan los afectos.

Esto quede entre los dos:
ya conoce usted mi genio,
y que en mi vida he gustado
de traer y llevar cuentos.
Ahora no cabile usted,
callar, y poner remedio;
no afigirse; yo me voy
á ver si á padres encuentro.

vase.
Claud. El que las hace, las piensa,
dice un refrán verdadero.
como con Doña Victoria
trataba con fin honesto,
discurrí que mi muger...
de pensarlo me estremezo,
me confundo, era preciso
que un oculto sentimiento
causase aquella asperza,
aquel continuo despego;
si al impulso del honor,
la razón no pone freno....
Es necesario mirar;
pero él se acerca, á buen tiempo.

Sale D. Blas. Señor D. Claudio, es preciso.

Claud. Lo que es preciso, es que luego
tome usted la puerta.

Blas. Cómo?

Claud. No excite usted mi despechos
usted sabe los motivos
que dan causa para ello.

Blas. Mire usted que tengo honor.

Claud. Mal se conoce en los hechos.

Blas. Vive Dios....

Claud. No grite usted,
y todo quede en silencio.

Blas. Un matrimonio forzado
siempre tuvo estos efectos. *vase.*

Claud. Cómo borraré la nota
que ha infamado mi concepto?
De quien me podré valer... *Sale Man.*
Pero á dónde vas corriendo,
Manuela?

Man. A avisar al ama.

Entra en el cuarto de Doña Eusebia.

Sal. Mart. Vamos, Señor, que ahora mismo

sus padres de usted llegaron.

Salen Doña Eusebia y Martin.

Eus. Con qué mis padres vinieron?

Mart. No lo oye usted?

Eus. Vaya, vamos.

Ni aun ante mis ojos puedo
sufrir su vista.

Claud. Ni verla
puedo sufrir un momento.

Eus. Ahora el fingir es preciso.

Claud. Ahora es fuerza el fugimiento.

Man. Vaya, disimule usted.

Mart. Este de sentir no es tiempo.

Ya están aquí.

Salen D. Timoteo y D. Zacarías.

Los 2. Padre mio?

Tim. Claudio!

Zac. Eusebia!

Tim. Y á tu suegro
no le das los brazos? Anda,
dale muestras de tu afecto.

Claud. Seais, Señor, bien venido.

Zac. Qué tanto mirarte celebro!
con Claudio estarás contenta?
sin que lo digas lo creo;
es muy guapo.

Tim. Con Eusebia,
qualquiera cosa te apuesto,
que no ha habido un sí, ni un no?
Tiene muy docil el genio!
Ya lo dige.

Zac. De este enlace,
qué tanta sucesion espero!

Tim. Estos muchachos aguardo,
que me han de llenar de nietos.

Tim. Nada me dices del viage.

Claud. Nada que deciros tengo.

Zac. Cómo no me dices nada?

Eus. Despues, Señor, hablaremos.

Tim. Claudio, yo vengo aturdido
de la hacienda de tu suegro.

Zac. Tu suegro, Eusebia es muy rico,
Nadia lo creerá sin verlo.

Tim. Qué Palacios tan antiguos!
Qué timbres! Qué privilegios
no tienen sus Mayorazgos!

Tim. Hombre, qué torada
tiene en Castilla! Yo apuesto,
que no traen aquí toros
como los suyos!

Zac. Qué cerdos!

Qué rebaños de ganado!

Digo, digo, y los moruecos!

Tim. Si tú vieras un Sepulcro que mandó hacer en Bermeo, ya es cosa costosa. Un gato tiene guardado á mas de esto, muy terrible.

Zac. Dos millones tiene en el comercio puestos.

Tim. Al oír tantas riquezas, no te llenas de contento?

Claud. Mas quisiera mi quietud.

Tim. Tu quietud? No te comprendo

Zac. No te llenas de alegría al escuchar los efectos, y riquezas de tu esposo?

Eus. Mas quisiera mi sosiego.

Zac. Tu sosiego? Háblame claro.

Claud. Señor, á decir os vuelvo, que me habeis sacrificado: bastante os digo con esto.

Vase á su quarto.

Eus. Padre mio, solo os digo, que he probado el rigor fiero de un yugo que la codicia mas que el amor me hechó al cuello.

Vase á su quarto.

Zac. Timoteo?

Tim. Zacarias?

Los chicos no están contentos.

Zac. Así parece.

Tim. Es preciso, que la causa exâminemos con cautela. Son muchachos, y puede ser que los zelos... si de esto nace el disgusto, bueno será precabernos, antes que hagan mas estrago en su corazon. Debemos exâminar si... Manuela *Sale Man.* viene aquí, y quizá en secreto nos contará lo que ha habido. Dexas esos papeles dentro, y vuelve acá. *Vas. Man.*

Zac. Sentiría, que no confrontase el genio de los dos.

Tim. Las conveniencias los unirán con el tiempo.

Zac. Eso sí, que en este mundo, todo lo vence el dinero.

Sal. Man. Qué tienen, pues, que mandarme?

Zac. Escucha aquí, y sin rodeos, dime qué cosa han tenido los muchachos, porque en ellos he notado:- La verdad, se han perdido ya el respeto? Han regañado?

Man. No es nada, una vez que aquí vinieron, como que sale de ustedes, así en tono de consejo pueden decirles que se amen, y dexen caprichos necios.

Tim. Y se quieren?

Man. Se querrán, si ustedes con todo esfuerzo saben con la autoridad, y el cariño vencerlos. *vase.*

Zac. No hay lo que pensé, será cosa de poco momento.

Tim. Don Zacarias, con todo, para caminar de acuerdo, es preciso exâminar al Page:- con los cocheros está acomodando el cofre.

Zac. Pues llamarlo será bueno. Martín?

Dent. Mart. Alla voy, Señor.

Zac. Ven acá. Sabes del ceño de tus amos los motivos? Qué tal se llevan?

Mart. Lo mismo que un Escribano con hambre, y un Juez que no quiere pleytos.

Tim. Con que nunca tendrán paz.

Mart. Siempre están en un infierno?

Zac. Y sabes de ello la causa?

Mart. De eso es de lo que no entiendo.

Tim. Aquí ya hay mas mal, amigo.

Mart. Ustedes pueden saberlo, que yo me voy á ayudar á beber á los cocheros. *vase.*

Zac. Nada en limpio se ha sacado, pero bastante sabemos para gobernarnos.

Sale D. Hil. Vaya, que chasco ustedes me dieron, fui á recibirles, y ustedes me la jugaron de diestro, vinieron por otra calle.

Tim. Loscañamos con extremo.

Hil.

Hil. Qué tal? Se han examinado las haciendas? Si de enfermos no hubiera estado cargado, hubiera el viage hecho con ustedes. Se ha bebido? Los ojos me están diciendo, que se ha empinado de codo grandemente. Bueno, bueno! siempre el vino fue la leche de los mozos y los viejos. veamos que tal está el pulso, usted le tiene muy lento. A ver usted; alterado.

Zac. Qué tiene que ver con eso el rélox?

Hil. Es que ahora es moda que los Médicos pulsemos con él en la mano, vaya, no hay novedad de provecho. Los muchachos estos dias han estado algo indispuestos, se entiende de la cabeza, que en quanto á llevarse el genio, son unos Angeles.

Tim. Todo lo contrario nos dixeron.

Hil. Fruslerias, fruslerias, unos poquitos de zelos ha habido; pero no es nada, el amor crece con ellos.

Zac. Diga usted, dá mi hija causa?

Hil. Vuestra hija, ni por pienso. El es, que á Doña Victoria aun la corteja de recio.

Zac. Qué dice usted?

Hil. Pero chito, que yo no gusto de cuentos.

Tim. Y mi hijo, dá motivo para tales sentimientos?

Hil. Vuestro hijo? Si es un bendito. Es ella, que aun tiene afecto á Don Blas. Mas punto en boca, que yo no gusto de enredos.

Zac. Pero es verdad?

Hil. Quiere usted que un Médico no esté cierto, si en las casas donde asiste tienen los dueños cortejo?

Zac. Me las pagará D. Claudio. *vase.*

Tim. A dónde irá tan resuelto? Pero hombre me engaña usted?

Hil. Si eso es público en el Pueblo.

Tim. Me las pagará mi nuera. *vase.*

Hil. Por estas cosas me muero...

Voy á ver si la criada me saca algun refrigerio

Sale Mart. Donde va usted?

Hil. A la cocina.

Mart. Hay en ella algun enfermo?

Hil. Voy á tomar una taza de caldo con unos huevos. *vase.*

Mart. Este demonio de hombre me parece un embustero de primer orden. Despues como adula á los enfermos...

Ya es un buen pollo,

Sale D. Mod. Muchacho?

Martin?

Mart. Señor Don Modesto, que manda Usía?

Mod. Y tus amos?

Mart. Señor, han venido buenos,

Mod. Volviendo de despachar ciertos asuntos secretos con mi Escribano, en la calle he visto un coche, y creyendo que habian venido en él, he subido para verlos, cumpliendo con la amistad que con entrambos profeso. Pero si están ocupados, yo no soy de cumplimiento, me esperaré ó volveré. Aquí viene el uno de ellos.

Sale Don Zacarias y Don Claudio.

Zac. Lo dicho dicho, Don Claudio; si usted no desiste luego de cortejar á la Viuda...

Claud. Mire usted, Señor qué en eso.

Zac. Uste es un mala cabeza, y ella una bribona.

Claud. Ileso debe quedar tu decoro.

Si supierais los consejos que me ha dado.

Zac. Sí, defiende defiende, vil, tu cortejo.

Claud. Mirad que su honor.

Mod. Despacio.

Zac. Usted aquí, Don Modesto?

Mod. Sí, amigo, y celebre mucho venir, y encontraros bueno.

He oido la desazon,
y para poner remedio
á todo, á Doña Victoria
dila que venga al momento
de mi parte; no es de oficio. *vase Martin.*

Claud. Señor, pues que vuestro empleo
es el de Juez, y que un Juez
debe escuchar á los reos,
oidme á mi; pero no,
que venga aquí dexaremos.
Pero soy hombre de bien,
y solo á Usia en secreto
le diré:: Nada Señor.
que el hombre noble en el pecho
los sentimientos oculta,
que denigran su concepto.

Mod. Pero explicaoos.

Claud. No es dable.

Zac. Señor, es un picaruelo,
dá muy mala vida á Eusebia.

Mod. No se altere usted por eso,
Don Zacarias.

Sale D. Timoteo. Señora con *Eus.*
yo de disculpas no entiendo.
usted me anda á picos pardos
con Don Blas, y es muy mal hecho.

Eus. Con voces tan injuriosas
por Dios no vuelva de nuevo
á insultarme, que el honor
no guarda ningún respeto.

Don Blas piensa muy distinto.

Tim. Vuelve, vuelve á defenderlo.

Mod. No hay que alterarse de mi orden,
que llamen á ese sujeto.

*Manuela se ha dexado ver en el foro, y se
retira con la orden.*

Tim. Pongale usted en un presidio.

Mad. Yo celebro veros bueno.

Mas cachaza.

Tim. Usted no sabe
de esta niña los excesos,

Zac. El que los tiene es tu hijo.

Tim. Mi hijo está en un infierno
por tu hija.

Zac. Y por tu hijo
tiene mi hija sentimientos.

Tim. Quien se los dá es esa infame.

Zac. Lo contrario se está viendo.

Mod. No teneis que sofocaros,
que todo tendrá remedio.

Zac. Aquí viene ya la viuda.

Sale Doña Victoria.

Yo no sé para que efecto
el Alcalde me ha llamado.

Zac. Esta, Señor Don Modesto,
es la que tiene robados
los sentidos á mi yerno.

Mod. Ya ve usted lo que aquí dice.

Vict. Estas lágrimas que vierto
os dirán::

Mod. No llore usted,
que todo esto es en secreto.

Vict. A Dios pongo por testigo
de que inocente padezco.

Mod. Así lo crea. Pues qué hay?

Vict. Yo lo diré sin rodeos.

Don Claudio está disgustad
con su muger por el genio,
por el luxo y otras cosas
todas de poco momento.
El está aquí, que lo diga,
y diga si los consejos
que le he dado:: Con la pena
la voz se queda en el pecho...

Soy muger de honor, y todo
lo pospongo á mi concepto.

Claud. Todo Madrid es testigo
de su proceder honesto.

Mod. Pero Don Blas...

Sale D. Blas. Un acaso
hizo que me hallase Eugenio
aquí cerca.

Mod. Venga usted
acá.

Blas. Señor Don Modesto::

Mod. No tema usted.

Tim. El amigo
dá á los disturbios fomento
del matrimonio.

Mod. Ya usted oye
la acusacion que le han hecho.

Blas. Si á Usia mi corazon
pudiese hacer manifesto,
veria:: Respeto mucho
de un matrimonio el sosiego.
Vencero sus santos nudos.
Señor, todo el descontento
de estos esposos, dimana
de no confrontar sus genios.
La Señora está quejosa,
por el mucho desaseo
que ha notado en su marido;

porqué de los pasatiempos
inocentes la ha privados;
Dios me confunda si miento.
Que diga ella si mis labios
ni aun por sueños la ofendieron.

Eus. De su honestidad de usted,
todo Madrid está cierto.

Mod. Lo que saco de este exámen
es, que por falta de tiempo,
en tratarse los esposos,
no han acordado sus genios.
Por el interes ustedes,
sin consultar sus deseos,
dispusieron esta boda
no previendo sus efectos.
Es verdad que debe un hijo
sujetarse á los preceptos
de su padre; pero un padre
no ha de abusar de sus fueros
con el hijo; ni al capricho
sacrificarle indiscreto.
por honor del matrimonio
y recobrar el sosiego,
vuelvan ustedes á unirse
cada uno un poco cediendo
de su genio.

Claud. Yo estoy pronto.

Eus. Yo tambien me ofrezco á ello;

Mod. Pero quién ha levantado
tan injuriosos denuestos?

Zac. Don Hilario me lo dixo.

Tim. Pues, Señor, á mí lo mesmo

Claud. Pues á mí tambien.

Eus. Y á mí
igualmente.

Mod. Y que sugere

es Don Hilario?

Claud. El Doctor
que nos asiste.

Vici. Ah perverso!

Mod. Y dónde estará?

Claud. Aquí viene.

Sale D. Hil. Ya están juntos, bueno, bueno.

Pero ola, que aquí hay un Juez.

Mod. venga usted acá Caballero.

El nombre y señas... El es.

Cómo tuvo atrevimiento
de enchismar toda esta casa?

Diga.

Hil. Ya me conocieron,

Señor, yo quise...

Mod. Muy bien.

Le confunden sus excesos;
pero usted no es Don Hilario;
sino Benito del Cedro,
que se ha fingido Doctor
con un título supuesto,
y por esto y otras cosas,
á la Cárcel irá luego.

Hil. Señor, piedad.

Mod. Secretario,
aseguradlo al momento.

Hil. Voy á purgar á la Cárcel
los sacrificios que he hecho.

Le lleva el Escribano.

Eus. Tierno Esposo.

Claud. Amada Esposa,
el sinsabor desechemos.

Blas y Vici. El Cielo os haga felices.

Todos. Y á la vista de este exemplo
huyan los Padres de ser
de esta crítica el objeto.